

Lun
29
Oct
2012

Evangelio del día

[Trigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

Hoy celebramos: **San Joaquín Royo (29 de Octubre)**

“Mujer, quedas libre de tu enfermedad”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 4, 32 — 5, 8

Hermanos:

Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo.

Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor. De la fornicación, la impureza, indecencia o afán de dinero, ni hablar; es impropio de los santos. Tampoco vulgaridades, estupideces o frases de doble sentido; todo eso está fuera de lugar. Lo vuestro es alabar a Dios. Tened entendido que nadie que se da a la fornicación, a la impureza, o al afán de dinero, que es una idolatría, tendrá herencia en el reino de Cristo y de Dios.

Que nadie os engañe con argumentos falaces; estas cosas son las que atraen el castigo de Dios sobre los rebeldes. No tengáis parte con ellos. Antes sí erais tinieblas, pero ahora, sois luz por el Señor.

Salmo de hoy

Salmo 1, 1-2. 3. 4 y 6 R/ Seamos imitadores de Dios, como hijos queridos

Dichoso el hombre
que no sigue el consejo de los impíos,
ni entra por la senda de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche. R/.

Será como un árbol
plantado al borde de la acequia:
da fruto en su sazón
y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin. R/.

No así los impíos, no así;
serán paja que arrebata el viento.
Porque el Señor protege el camino de los justos,
pero el camino de los impíos acaba mal. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 13, 10-17

Un sábado, enseñaba Jesús en una sinagoga.

Había una mujer que desde hacía dieciocho años estaba enferma por causa de un espíritu, y estaba encorvada, sin poderse enderezar de ningún modo.

Al verla, Jesús la llamó y le dijo:

«Mujer, quedas libre de tu enfermedad».

Le impuso las manos, y enseguida se puso derecha. Y glorificaba a Dios.

Pero el jefe de la sinagoga, indignado porque Jesús había curado en sábado, se puso a decir a la gente:

«Hay seis días para trabajar; venid, pues, a que os curen en esos días y no en sábado».

Pero el Señor le respondió y dijo:

«Hipócritas: cualquiera de vosotros, ¿no desata en sábado su buey o su burro del pesebre, y los lleva a abreviar?

Y a esta, que es hija de Abrahán, y que Satanás ha tenido atada dieciocho años, ¿no era necesario soltarla de tal ligadura en día de sábado?».

Al decir estas palabras, sus enemigos quedaron abochornados, y toda la gente se alegraba por todas las maravillas que hacía.

Reflexión del Evangelio de hoy

San Pablo pide a los efesios, en la Primera Lectura, generosidad, ternura y perdón. Son virtudes que empiezan siendo humanas, sentimientos, y maduran y se convierten en actitudes evangélicas.

En el Evangelio, Jesús muestra una vez más compasión y misericordia. Hoy lo hace curando a una mujer que llevaba enferma dieciocho años. Curiosamente, sucede en sábado, aunque esta coincidencia provoque otra vez a los fariseos. Más bien parece que no se trata de coincidencia alguna, sino de algo pensado y buscado por Jesús para desenmascarar la hipocresía de los fariseos y dejar bien claros los cimientos del nuevo Reino de Dios.

La mujer encorvada. El hombre encorvado

La mujer encorvada del Evangelio, cuyo nombre ignoramos, es ejemplo de muchas mujeres y muchos hombres, con nombres y apellidos, en tiempos de Jesús y en nuestros días, que llevan algunas y algunos dieciocho años o los años que sea, en cualquier caso mucho tiempo, enfermos, encorvados y maltrechos. La del Evangelio estaba a la puerta de la sinagoga, pero se las puede y se les puede encontrar en todas partes, desde los palacios hasta las chabolas más pobres.

La causa de aquella enfermedad, un espíritu. En sentido amplio, el espíritu, el corazón, es ambivalente: es el origen de la grandeza de la persona humana y el autor de todos los males que afligen a los humanos y deshumanizan la vida. Jesús insistió mucho en la importancia de tener limpio el corazón, de tener limpia el alma. Porque, del alma, del corazón proviene todo lo bueno y todo lo malo.

La mujer erguida. El hombre erguido

A Jesús no le gusta que las mujeres anden encorvadas sin poder mirar al cielo; ni los hombres. Le gusta que las mujeres y los hombres puedan llevar una vida humana, lo más digna posible. Sabe que sólo así podrán ser libres y discernir entre la belleza y grandeza del Reino por él propuesto y la Ley y sus ataduras, prácticas habituales hasta su llegada.

De ahí su reacción al ver a la mujer hoy y a otras mujeres y hombres en otras ocasiones. "Al verla –dice el Evangelio- no esperó a que ella pidiera ayuda, la llamó y le dijo: 'Mujer, quedas libre de tu enfermedad'. Tampoco miró el calendario a ver si era sábado o no. Miró a la mujer, llamó a la mujer y "humanizó" la vida de aquella pobre mujer. "Le impuso las manos, y en seguida se puso derecha". Todo un símbolo. Dios nos quiere derechos, libres, humanos, contentos porque hemos sido sanados y perdonados.

Siempre la misericordia

Cuando Jesús nos dijo, en la parábola del Buen Samaritano: "Vete y haz tú lo mismo", no estaba diciendo algo que él no hubiera practicado hasta la saciedad. Hoy vemos también hasta dónde llega su compasión y su misericordia. Jesús, en sus andaduras apostólicas, va detectando el dolor, la aflicción, la enfermedad, la injusticia, en definitiva, el mal que afligía a los humanos, los mira a los ojos y se conmueve. Y, en lugar de quedarse en ese noble sentimiento, pasa a la acción. A veces provoca que sea el interesado quien le suplique su intervención; otras, como hoy, no espera petición alguna, ya sabe él lo que necesita aquella mujer, y toda la iniciativa es suya. Mira, llama y, aunque sea sábado, sana. Seguro que el jefe de la sinagoga y guardián de la Ley sentía una gran compasión por aquella hija de Abrahán, pero sólo Jesús llama y cura.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

San Joaquín Royo

El día 3 de octubre de 1691, los esposos Joaquín Royo y Mariana Pérez llevaban a bautizar a su hijo recién nacido, al que le impusieron el nombre del padre. La iglesia parroquial de Hinojosa de Jarque (Teruel) fue escenario de la entrada de Joaquín Royo Pérez en la Iglesia de Jesucristo, a quien dedicó toda su vida y por quien daría hasta su última gota de sangre.

A los dieciocho años dio una respuesta clara a lo que desde niño sentía como una llamada de Dios: ser religioso, sacerdote, misionero. En 1709 se dirigió al convento de los dominicos de Nuestra Señora del Pilar en Valencia, en el que pocos meses después tomaría el hábito de la Orden de Predicadores. En el corto tiempo que estuvo en su convento, noviciado y primeros estudios eclesiásticos, dio muestras de una vida llena de Dios, que se manifestaba en la oración, en la vida común y en sus crecientes deseos de ser enviado a tierras de misión en el Extremo Oriente.

El día 17 de septiembre de 1712 zarpaba rumbo a Filipinas, en compañía de San Pedro Mártir Sans, que sería obispo y compartiría la palma del martirio, y otros profesos dominicos que continuaron su formación eclesiástica durante la larga travesía marítima y la terminaron en Manila.

Después de su ordenación sacerdotal, fray Joaquín Royo fue destinado a las misiones de China, hacia donde partió en junio de 1715. Tras una breve estancia en Macao, llegaba a su misión: Fogan. No lejos de Amoi, la populosa ciudad de Chuen-Cheu, fue el primer destino del joven misionero. Allí pudo comprobar lo abundante que era la mies, y lo escaso de sus fuerzas. Y buscó en la oración la fuerza sobrenatural sin la cual nada podía. El ejemplo de su virtud, la entrega incondicional a hacer el bien a todos y su celo apostólico hicieron lo demás: conversiones de miles de paganos que daban la espalda a los ídolos y comenzaban una nueva vida de cara al único Dios y a su enviado, Jesucristo.

Las provincias de Kiang-Si y Che-Kiang estaban desatendidas desde la expulsión de los misioneros. Y allí fue enviado fray Joaquín Royo en 1717. Los viejos cristianos, que tanto deseaban la asistencia espiritual del misionero, celebraron con entusiasmo la llegada del padre Royo, y le animaron a conquistar para Cristo a muchos de sus paisanos. Allí permaneció hasta 1722, año en que fue nombrado vicario provincial de Fukien, cuando la persecución de todo lo que llevara el nombre de cristiano estaba llegando a extremos preocupantes.

Desde su llegada a la misión de Ki-Tung, fray Joaquín Royo tuvo que llevar una vida errante, en continuo peligro, escondiéndose como un malhechor. Siguiendo el consejo de los cristianos de Ki-Tung, el vicario provincial se escondía en desvanes, en alacenas, incluso en sepulcros vacíos del cementerio, de donde salía por la noche para ejercer el ministerio clandestinamente. Para las fiestas de Navidad de 1745, disfrazado de campesino chino, volvió a la misión y se alojó en casa de dos terciarias dominicas, Rosa y Juliana. Desde allí, con toda precaución, podía administrar los sacramentos, catequizar, animar a los cristianos abatidos, informarse del estado de los misioneros, de los que era responsable, como vicario provincial. En una pesquisa que los soldados llevaron a cabo en la casa de Rosa y Juliana estuvo a punto de ser descubierto, pero logró escapar y esconderse entre dos tabiques. Allí fue descubierto por los soldados que derribaron toda la casa.

Atado con una soga al cuello, lo condujeron al capitán, a quien, respondiendo a sus preguntas, le dijo con toda serenidad que tenía cincuenta y cuatro años, de los que treinta y uno había estado en China, a donde había ido a predicar la ley de Dios.

Fue llevado a la cárcel. La oración, que había sido durante toda su vida la fuerza de su existencia, lo fue con mayor razón en la dura prisión, en la que sufrió en propia carne los famosos martirios chinos, hasta su muerte.

El día 28 de octubre de 1748, terminó su peregrinación por este mundo de la manera más cruel. Estando echado en el suelo, le taparon la cara con una pasta compuesta de papel, huevos y aguardiente, que le taponaba completamente la boca y la nariz. Un testigo relata el final: "Tiramos sobre su cara un saco de cal, nos pusimos de pie sobre su cuerpo, y sólo pudo dar seis palpitaciones. Así expiró". Su cuerpo fue quemado el día 29 de octubre, y los restos, arrojados al osario de los malhechores. Cuando fue posible, cristianos valerosos se hicieron con las venerables reliquias del mártir aragonés.

La beatificación solemne de Joaquín Royo y otros mártires dominicos la presidió León XIII el 14 de mayo de 1893. Y Juan Pablo II, en una de las más emotivas celebraciones -no exenta de polémica- del Jubileo del Año 2000, el 1 de octubre canonizaba a ciento veinte mártires de China, entre quienes estaba San Joaquín Royo, el protomártir de China, San Francisco Fernández de Capillas y otros misioneros y cristianos chinos.

Fr. José A. Martínez Puche O.P.